

Que no torturen la iglesia de Abamia

Antón Capitel

Estas notas, realizadas a requerimiento de algunos miembros de la Asociación Cultural Abamia, de Corao, las redacto como una opinión que aspira únicamente a mediar, si fuera posible, en la polémica establecida entre algunos vecinos de dicho pueblo y miembros de la citada asociación y los técnicos redactores del proyecto y directores de la obra y sus asesores.

Lo hago manifestando, en primer lugar, mi respeto por la competencia de dichos técnicos y asesores, así como por las autoridades y funcionarios de Patrimonio de Asturias, alguno de los cuales conozco y de los que me consta su buen criterio.

Como natural de Cangas de Onís, donde paso normalmente mis vacaciones, conozco bien la iglesia de Abamia. La he visitado de nuevo, viéndola tan sólo por fuera, la tarde del jueves 9 de agosto. En ella pude apreciar algunas cosas que me llamaron la atención.

1.

Está, en primer lugar, el revoco nuevo tendido indiscriminadamente sobre casi todas las fábricas de piedra de la iglesia, sin distinción de labras. Entre la costumbre de quitar los revocos sistemáticamente, teniéndolo por una restauración, como antes se hacía, y cubrir todas las fábricas sin distinción sobre las mismas parece que cabría un criterio más ponderado y matizado, revocando las fábricas de mampostería y dejando vistas las de sillería.

Es esta última una tradición muy vieja y extendida, coincidente, además, con la lógica arquitectónica: se labraban los sillares en las esquinas, cornisas, contrafuertes y otros elementos en los que era conveniente por su resistencia y por su geometría, y generalmente se dejaban vistos, y se realizaban en mampostería los entrepaños, cubriéndolos.

Acerca de lo que ocurriera de hecho en cada uno de los casos y a lo largo de la historia, sólo caben interpretaciones y especulaciones, sean éstas con mayor o menor fundamento. No es posible generalizar con la historia real de cada uno de los momentos, y resulta preciso, por ello, aplicar buenos criterios de la lógica arquitectónica, técnicos, de tradición y de adecuada estética, además de históricos, si es que con éstos se alcanzara suficiente seguridad.

Lo cierto es que, vista la obra de Abamia, y en lo que hace a los revocos, el resultado no parece ni lógico, ni técnicamente del todo correcto, ni bello. Proteger los sillares con revestimiento es innecesario y se ha ocultado su buena labra, su noble material y su pátina. Pero también, al revocar los contrafuertes y esquinas de sillería, la forma del monumento se ha desdibujado, apareciendo empastada -como un pintor diría- y sin sus perfiles formales visualmente claros. Ciertamente será, probablemente, que no en todos los casos los límites entre las diversas fábricas serían precisos y, así, resultaría quizá difícil saber con toda exactitud dónde y hasta dónde se habría de revocar, y dónde no. Pero el resultado -agravado por la deficiente ejecución- no es atractivo: la imagen del templo aparece como si todo él se hubiera pintado a pistola.

Debo aclarar que en absoluto soy enemigo de los revocos. Más bien, lo contrario; pero han de emplearse con buen criterio, y en la duda, abstenerse. Cuando fui inspector general de Monumentos del Estado, allá por los años ochenta, inmediatamente antes de las transferencias a las comunidades, desautoricé repetidas veces la idea de eliminar los viejos revestimientos para dejar las fábricas vistas y aconsejé el tendido de muchos nuevos, aunque no se supiera si antes habían existido. Como restaurador, he realizado bastantes, sobre fábricas de ladrillo o de mampostería que no los tenían.

Soy consciente, además, de que, en muchos casos de la historia, las fábricas, incluso de sillería bien labrada y con rica decoración, fueron revocadas de origen o cubiertas con pátinas y con pintura. Pero repito que no puede generalizarse ni seguir siempre criterios históricos, aun cuando estén probados. Se sabe que el Partenón y Santa María del Naranco, por ejemplo, estuvieron en origen revocados por completo. Pero, ¿alguien se atrevería hoy a hacerlo? Y de decidirlo, ¿cómo se haría?

2.

En segundo lugar, sorprende la solución dada al desagüe en la vertiente Sur de la cubierta de la nave, con canalones ocultos y bajadas vistas. No parece buena solución, ni técnica, ni estéticamente. ¿Por qué no dejar la caída libre del agua? Si fuera para proteger revocos y fábricas, ¿cómo es que no se ha hecho en las demás cubiertas?

3.

El largo prólogo anterior no tiene el objetivo de aconsejar que se elimine lo hecho. Creo que resulta preferible dejar las cosas como están y no torturar al monumento con un insensato tejer y destejer. Y dejar actuar al tiempo, que irá eliminando por sí sólo algunos de los revocos de los contrafuertes, ya agrietados y desprendidos.

El fin de estas notas es defender parcialmente la posición de los vecinos y miembros de la asociación, y mediar entre ellos y los técnicos y asesores. Pues su protesta tiene sentido, si no toda, en buena parte, y lo anterior así pretende demostrarlo.

Estas palabras sólo quieren aconsejar que no se realice algo de lo que todavía falta, como son el traslado y la nueva colocación de los sepulcros, supuestamente de Pelayo y de su mujer, aunque vacíos, y que mueve a escándalo a los vecinos. Si Pelayo y Gaudiosa estuvieron allí enterrados o no, incluso si existieron verdaderamente tales personajes, si ocurrió la batalla de Covadonga y todo lo demás, es algo que no sabemos del todo ciertamente, pero lo que sí existe, de hecho, es una tradición fuertemente arraigada, un mito que es regional y hasta nacional, quizá, pero que es, desde luego, muy fuerte, localmente hablando. Para la gente de Cangas de Onís, y, sobre todo, para la gente de Corao -históricamente, parte de la supuesta corte de Pelayo-, el primer rey de Asturias y su mujer fueron enterrados allí, en un lugar ya sagrado antes del cristianismo, y los sepulcros que hoy se conservan son testimonio de ese enterramiento y forman parte del intenso y querido mito de esta comarca asturiana.

Pues Abamia no es una iglesia cualquiera; es una iglesia mítica. Por ello, creo que la situación tradicional de los sepulcros ha de conservarse, y así lo aconsejo. Ante dudas razonables es preciso abstenerse, toda vez que a los vecinos se les daría satisfacción, al menos en un punto tan importante, por corresponder al significado del lugar.

Creo, además, personalmente, que situar en otro sitio las lápidas y hacerlo con criterios y diseño moderno -tal como me han asegurado que está previsto- lo considero de escaso gusto y fuera de lugar.

4.

Solicito así lo que digo en el punto anterior, para que pueda darse por cerrada la polémica, y me permito aconsejar algo más de prudencia y de buen sentido en el tratamiento, siempre necesariamente particular, de los monumentos de esta clase.

CAPITEL, Antón, “Que no torturen Abamia”, artículo publicado en el diario *La Nueva España*, Oviedo, 11 de diciembre de 2007, año LXXI, núm. 23.348. Antón G. Capitel es arquitecto y catedrático de Proyectos de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid.